

ZAMORA ILUSTRADA

REVISTA LITERARIA SEMANAL.

DIRECTOR
DON URSICINO ALVAREZ MARTINEZ
DIRECCION: SACRAMENTO 2.

REDACTOR Y ADMINISTRADOR
DON ANDRÉS ALONSO
ADMINISTRACION: PLAZUELA DEL SALVADOR 38.

REDACTORES

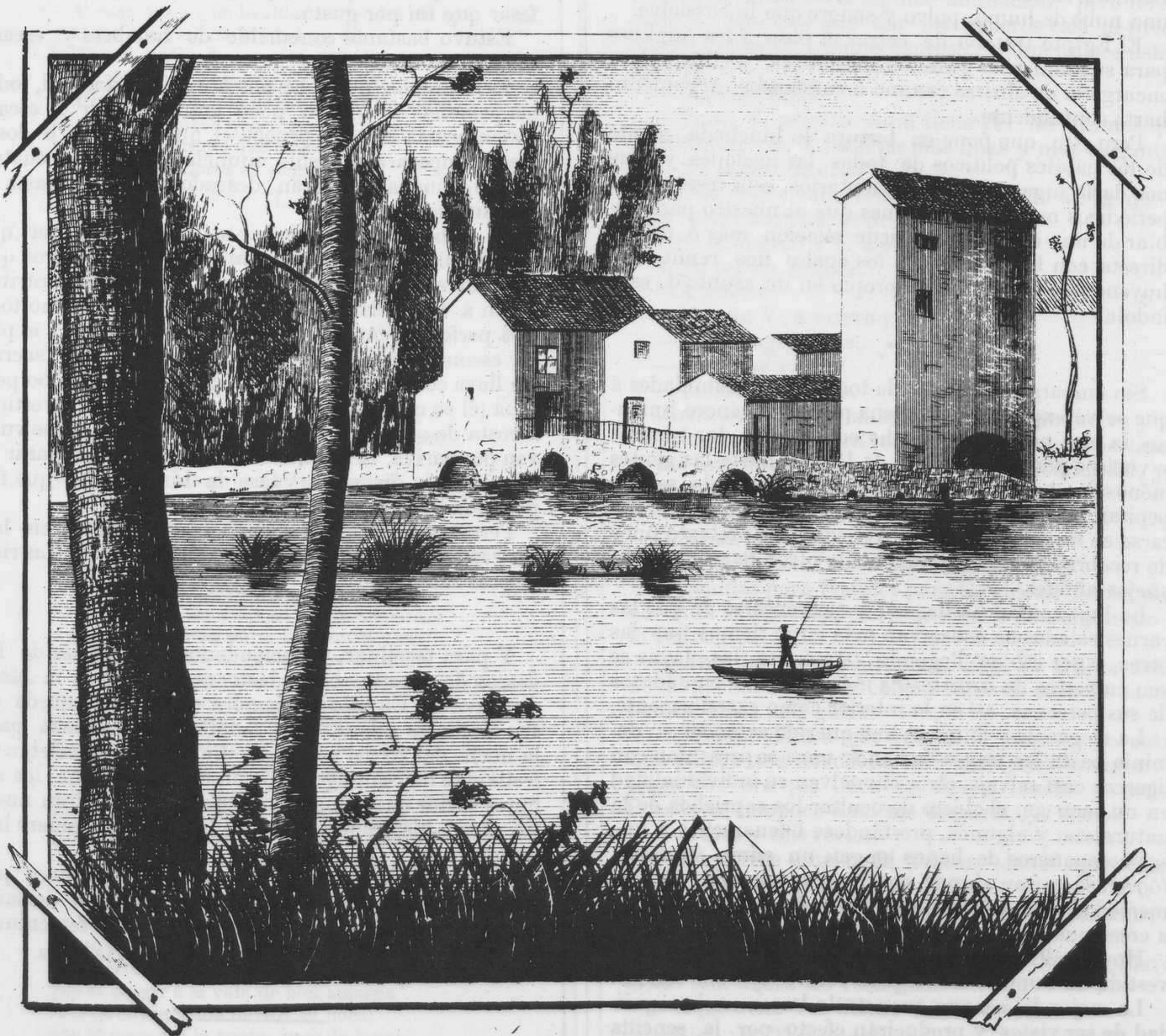
Don Cesáreo F. Duro.
Don Casimiro Erro.
Don Manuel A. Narbon.

Don Mariano Perez.
Don Joaquin del Barco.
Don Adrian Navas Diego.

TOMO II.
PRECIO DE SUSCRICION:
3 reales al mes.

Zamora 19 de Julio de 1892.

NÚMERO 12.
ANUNCIOS
A PRECIOS CONVENCIONALES



PAISAGE DE LAS ACEÑAS DE GIJON.

SUMARIO.—GRABADO: Paisage de las aceñas de Gijón.—TEXTO: Crónica general, por D. A. Navas Diego.—El huérfano, (idilio moderno) por D. Miguel Requejo Avedillo.—Filoxeras del comercio, por D. Mariano Pérez.—El primer beso, (poesía) por D. A. Navas.—Pinceladas agrícolas (continuación) por D. B. Mañueco.—A una joven, (poesía) por D. Félix Carrascal.—Nuestro grabado por don U. Alvarez.—Notas y noticias.—Tertulia.—Anuncios.

CRÓNICA GENERAL.

Hay algo de misterioso en la loca agitación de las pasiones humanas.

La ambición, el egoísmo, la envidia, el orgullo, la ignorancia y la hipocresía no explican suficientemente la lucha eterna que los hombres sostienen unos contra otros.

La aberración de los sentimientos se agrava con la política de las naciones.

Las antiguas historias solo hacen mención de una torre de Babel; las futuras hablarán de miles y miles de ellas.

Alejandro estará en los actuales momentos convertida en una Babilonia que contendrá en su seno millares de cadáveres insepultos. Ese punto negro que veía Bismarck en el horizonte de la política europea, es hoy una nube de humo, polvo y sangre que la envuelve.

El Egipto trataba de cerrar el paso á los ingleses para sus inmensas posesiones asiáticas, y ellos se han encargado de abrirse camino á cañonazos. Argumento harto contundente.

Pero esto, que pone en tortura la hinchada mente de los hábiles políticos de todas las naciones, y que nos daría lugar á varios comentarios, está reservado á periódicos más en condiciones que el nuestro para hablar de una cuestión que tiene relación más ó menos directa con la política y á los cuales nos remitimos, huyendo de hacer criterio propio en un asunto de esta índole.

* *

Sin embargo, y á pesar de todas esas calamidades á que se ve expuesta una buena parte del género humano, la otra parte más feliz ha empezado á dar tumbos y vuelcos por esos mundos de Dios; y hasta las gentes ménos desahogadas, financieramente hablando, se despepitan por ir á zambullirse en las olas, ó bien á sulfurarse en las pilas de Santa Agueda, bajo pretexto unos de recobrar la salud, y realmente otros para combatir añejos alifafes.

La humanidad ha llegado á convencerse de que las carnes saladas se conservan más largo tiempo que las otras, y por eso en llegando esta época las playas se ven cubiertas de *amateurs* más ó ménos cuidadosos de sus personas, así en lo interior como exteriormente.

La elegancia y la moda han querido extender su dominio hasta los trages de baños; unos se presentan con ligereza casi salvaje; otros envuelven su individualidad en un saco con el objeto de ocultar los caprichos de la naturaleza; y algunos, prestándose buenamente á que sus compañeros de baños tengan un curso de *osteología*, se lanzan al mar con un pantalon de mahon, merced al cual y á lo magro de su físico, dan margen á creer que también se bañan los espectros.

Hoy la última moda en este género de ropas es ir vestido de Cupido, alado, pero con los ojos sin vendar.

Lo mejor del easo es que esto lo hacen en la seguridad de ser vistos y producirán efecto por la sencilla razón de que allí abunda, como en todas partes, la mu-

jer, y como en todas partes es el más bello ornato de la playa.

Pero así piensan las pobres muchachas en ocuparse de los hombres á la hora del baño, como en la hidrofobia del rey que rabió. Harto tienen que hacer con chillar al contacto del agua y con dar diente con diente al entrar en el líquido elemento al abrigo de las aletas protectoras, de los bañeros, esos tritones privilegiados que tienen la fortuna de no ejercer su estado social en Turquía. ¡Fresco está el Adonis que aguarde una mirada de su Venus, cuando la haga tiritar la frialdad del agua!... Pero felizmente este no es el elemento de aquellas Náyades interinas, y como vuelven pronto á su estado de mujeres, y curiosean entonces que es una bendición de Dios, gracias á esa curiosidad puede aprovecharse el tiempo.

* *

Hoy que la preferente atención se dirige á los grandes sucesos de la política extranjera y á la triste situación del Egipto, vienen como de molde, para formar verdadero contraste, unas cuantas noticias de baile, y todo lo anejo á tales diversiones, como desafíos y palabras altisonantes, cuando en su fondo no respiran un espíritu de buen tono.

El baile de que os hablo todos sabéis cuál es; pero por si alguno lo ignorase le diré que me refiero al que hubo la noche del domingo en el casino de «la Union.»

Yo fui por casualidad, porque no me atrevo á confesar que fui por gusto.

Estuvo bastante concurrido de hombres y escaso, muy escaso de mujeres.

Es indudable que á las dos horas de estar allí, todas las personas se sentían poco animadas por la escasa concurrencia como lo prueba el que á las dos ó dos y media empezara el desfile anunciado para las cuatro, aunque muchas hubieran deseado continuar hasta la mañana siguiente.

Al cabo de ese período, podríamos suponer que unos se divirtieran ó creyeran divertirse, y otros que no se divirtieron, pero que con su presencia contribuyeron á la diversion de los demás. Pero como todo está perfectamente compensado en el mundo, y el placer esconde en sí un germen de dolor, y todo sacrificio lleva consigo una especie de redención, hubo persona (él se calificaba de persona) que creyó divertirse á costa de otra; mas como hay oraciones que se vuelven por pasiva, la broma fué de rechazo á parar á aquel que la disparó, (Véase la historia del que fué por lana.)

Pero estas son aventuras nocturnas que suelen hacer reír y quedar envueltas en el misterio de las ridiculeces infantiles.

* *

Y para terminar, y haciéndonos interpretes de los deseos de nuestras bellas lectoras, pedimos á la Junta directiva del Círculo de Zamora que nos conceda en sus elegantes salones una reunion de confianza para la noche del 25 del corriente, día en que se celebra la festividad de Santiago Apóstol, seguros de que los señores socios que componen aquella no desoirán nuestro ruego, inspirado por esa bella mitad del género humano.

Si despues de escrito lo que antecede, salimos por esas calles, y no nos rifan nuestras lectoras, declaramos que la gratitud no se alberga en pechos femeninos.

ADRIAN NAVAS DIEGO.

EL HUÉRFANO.

(IDILIO MODERNO.)

Es bien triste la suerte del pobre niño
en su orfandad amarga, que el mundo olvida,
sin oír una sola voz de cariño,
con trabajo penoso ganar su vida.

Y aunque en sus dulces ojos garzos y bellos
con la luz de la infancia que los inunda,
rien los vivos rayos, los mil destellos
de la estacion fulgente que lo circunda:

Sobre su tersa frente, que, la inocencia
ciñe con su aureola, quizá ha cruzado
como pálido lampo la amarga ciencia
que sus propios dolores le han enseñado.

La infancia no ha perdido su ingénuo gracia;
mas como encuentra sordos los corazones,
el precoz sentimiento de su desgracia
de su niñez ahoga las expansiones.

Y sin quejarse sufre los malos modos
los duros tratamientos y el fatigante
trabajo de las eras, por que allí todos
en abrumar se gozan al pobre infante.

Mas impasible sufre, y oculta el llanto
que en sus párpados tiembla, que un pensamiento
su corazón á veces hiela de espanto;
del porvenir oscuro, presentimiento.

La estacion es propicia; que en el verano
Dios no olvida ni al pájaro, ni al miserable,
pero vendrá el invierno, y aquel tirano,
con el pobre y el huérfano es implacable.

Piensa que ya en la aldea no tendrá abrigo,
y al fin á la cercana ciudad un día
emigrará, pidiendo como un mendigo
y henchido de profunda melancolía.

Piensa en la cruda noche que cubre yerta
la silenciosa nieve que al rico encanta;
y el frío penetrante que le despierta
y ahoga los sollozos en su garganta.

II.

Y sufre y calla siempre, pero en las fiestas
ya no busca los hombres que no le aman,
y corre por los campos y las florestas
que así con misteriosas voces le llaman:

«Somos plácido albergue de la pobreza
y tiene en nuestros senos más escondidos
su regazo la madre naturaleza
abierto para todos los desvalidos.»

—Mira las avecillas que le enamoran,
y las claras corrientes que allí le encantan,
aquellas revolando cantan y lloran,
y estas entre las guijas rien y cantan.

El pajarillo es débil y desvalido
como él; como á él piadoso Dios le mantiene:
Mas ¡ay triste! al fin, nota que tiene un nido
y amores; y él, ni albergue ni amores tiene.

¡Oh, cómo entonces llora su aislamiento!
Si hubiera un ser piadoso que le amparara
á quien brindar su puro, fiel sentimiento,
padre, hermano ó amigo cuánto le amara!

Más que el perro que lame los piés del dueño,
él sabría constante dar su cariño;
llorar cuando llorara, velar su sueño,
y arrullarlo con dulces cantos de niño.

Piensa al fin en su madre que le arrullaba
y hoy duerme bajo el césped del campo santo.
La afliccion le aletarga y el sueño acaba
por candar sus pestañas llenas de llanto.

III.

Oh ángel que el sueño guarda de la inocencia
ya que es fuerza que nadie calme su duelo,
y que encuentre en la aurora de su existencia
solo hartura de lágrimas y desconsuelo;
que al surgir á la vida de hiel amarga
la copa envenenada lleve á su boca;
que al empezar la triste, jornada larga
hiera, sus plantas débiles, la aguda roca;

que arrojada á las cárceles de la materia,
al despertar el alma, ya halle la sombra,
y las negras borrascas de la miseria,
que de espinas su senda, pérdida, alfombra:

¿Qué esperas, ¿ni qué dudas? Rompe esa vida;
quiebra el crisol que guarda metal divino:
mata la luz que tiembla mal encendida:
rómpase la implacable ley del destino.

Sé piadoso; que el rayo vuela estinguido;
que bajo el sol de fuego muera el capullo;
que cual la luz se apague sin un gemido:
que cual la flor se extinga sin un murmullo.

¡Ay: cuánto de dolores y acerbo llanto;
cuánto de rudas ansias cruel tributo
le ahorrará, de tristeza y hastío cuánto!
pues son de nuestra vida único fruto.

Presta al alma impaciente tus fuertes alas
¡oh Angel! que vuela al término que ya le espera
allí do todo es cánticos, risas y galas.

Hoy al mísero niño por vez primera
ría la suerte:

que de tan dulce sueño jamás despierte,

M. REQUEJO.

FILOXERAS DEL COMERCIO.

—¡Buen día, D. Tadeo: parece que se hace negocio, eh?... me alegro, hombre, me alegro.

—Pst! Así, así, amigo D. Plácido; ya vé V., hoy es mercado y se advierte alguna animacion, pero no lo dude V., tenemos que dar los géneros casi al precio que nos cuestan. ¡Somos tantos!... ¿Qué quiere usted, señora?

—Lanillas finas.

—Tome V. asiento. Aquí tiene ¡V. las últimas que he recibido; vea V., son las más finas y más elegantes.

—¿El precio de esta?

—Diez reales vara, señora; ha elegido V. la de m gusto precisamente, es preciosa.

—Se la pagaré á V. á ocho.

—No puedo, señora.

—A nueve.

—Llévela V. á nueve y medio.

—No la pago á más.

—¿Cuántas varas?

—Treinta y cuatro.

Mientras el comerciante las mide las envuelve y saca la cuenta, la señora toma de un precioso portamonedas una onza de oro con el busto de Carlos III, y la echa encima del mostrador.

—306 á 320, 14. Ahí tiene V., señora.

—Adios, señores.

—Vaya V. con Dios... ¿Qué quería V.?

—Lanillas para vestidos para las chicas. ¡Jesús! nunca están satisfechas; creen que tiene una algun tio en la India.

—Aquí las tiene V., señora, elija V. Ahora acabo de despachar treinta y cuatro varas de esta. Es la más bonita, la de más gusto.

—¿Quién? ¿Esa mujer que salía cuando yo entré, que parece una ricachona de algun pueblo, segun su trage y el oro que lleva en orejas, cuello y dedos? Pues bien; tampoco á mi me disgusta. ¿A cómo?

—A diez y seis reales.

—Me parece mucho, D. Tadeo, ¡Jesús que carero es V.! Vaya me la dará V. á quince.

—No puedo señora, nos cuestan á nosotros más; no hacemos más que cambiar el dinero.

—Mídame V., mídame V. cuarenta varas. ¡Llevan tanta tela ahora los vestidos...!

—Aquí tiene V... Ciento veinte pesetas.

—Bien, D. Tadeo; ya pasará por aquí... Adios señores.

—Vaya V. con Dios.

—¿Como eso D. Tadeo? ¿por qué á la una se la dá usted á nueve reales y á esta elegante señora á diez y seis? No lo comprendo y aún me parece tal conducta poco equitativa y nada justa.

—Examine V. ese libro y fígrese en las fechas... Ahora comprenderá V. el objeto que me proponía y ha salido fallido; esto es, que no la llevára.

—Basta, basta D. Tadeo; tiene V. mucha razon; es preferible no vender, pero...

—Cuando pague, si paga, se lo rebajaré.

Vamos, chicos, vamos; cojed los libros y sacad las cuentas. Ya sabeis que hay que pagar esa letra y no hay bastantes fondos en caja.

—¿Todas?

—No; las mayores y de más fácil cobro... ¡Tres mil duros! ¡Tres mil duros!

—Ya están.

—Pues bien; llevadlas á sus destinos... ¡Es indudable; la podré pagar.

¡Sesenta mil reales...! Treinta y cinco mil tengo en caja... mal será que los chicos no traigan los veinte y cinco mil restantes. Son buenas casas y se apresurarán á traer el dinero en cuanto vean las cuentas.

—Buenos dias, D. Gervasio.

—Muy buenos dias señora.

—Dígame V. ¿cómo me pone V. esta cuenta?

—Por el valor de los géneros que V., en distintas ocasiones ha llevado ó ha mandado llevar.

—Sí, pero pone V. objetos que están ya pagados. Recuerde V. que el precio de estos abanicos lo pagué cuando llevé la sombrilla y otras frioleras.

—Algunas de las que apunté delante de V. por que no tenía bastante dinero. Ya ve V. señora que de tenerlo, ántes hubiera pagado estas que los abanicos.

—Pues los pagué, si señor, acuértese V. bien. ¿Tampoco recuerda V. que la niña le trajo á V. los seis duros de los pendientes?

—Señora, en mi casa no se pide más que lo que aparece en los libros, porque tenemos un especial cuidado, lo mismo en apuntar lo que se la adeuda que lo que se cobra, tan exactamente, que en eso estriba precisamente la mayor parte de su crédito.

Pues yo no pago esas cantidades porque estoy segura, segurísima de que las he abonado. Deben ustedes haber sufrido alguna equivocacion, por olvido, se entiende; yo no lo puedo atribuir á otra cosa. Ahí tiene V.; cobre V.

—Señora, no puedo perder esa cantidad.

—Pues yo no la pago dos veces. Cobre V., cobre usted el resto y no se le olvide borrar.

¿Qué tendrá nuestro principal? ¿No ves que demudado está? Está descolorido, amarillento y ¡cómo se agita! Algo le debe haber sucedido.

—Sí, cuando él se pone tan nervioso, algo le ha pasado. Démosle cuenta de nuestra comision.

—¡Ca! de ninguna manera; deja que se tranquilice ¡Como traemos tan buen resultado!

—¡Ola! ¿Ya habeis recorrido todas las casas? No os habeis descuidado. A ver.

—Aquí traigo 200 reales de casa de D. Julian y dijo la señora que ya pasaría por aquí.

¿Cuanto debe?

—Mil quinientos.

¡Doscientos reales. !

—Estos cinco duros me los dió D. Higinio: dijo que no tenía más ahora. D.^a Brígida que pasaría por aquí; don Indalecio que se vería con V. y D. Sandalio que dispensára V. por unos dias: D. Sérgio no estaba en

casa y aquel señor que llevó dias pasados el basto con puño de oro y los juguetes, ha sido trasladado á Zaragoza, segun unos y á Cartagena segun otros. Y marchó.

—¿Habrá quien tenga paciencia para sufrir tanto. Vamos á ver tú; ¿cuánto dinero traes?

—Unos dos mil reales.

—¿Dos mil reales?

Si señor; en la mayor parte de las casas me han dicho que se verían con V.; en algunas, que sin duda está V. equivocado y en otras me han despedido diciéndome, que si tanto tiempo ha trascurrido; que no desconfíe V. y que pagarán lo más pronto posible.

—Bien está. Contad el dinero que ha ingresado hoy... ¡Dios mio! dadme paciencia... No hay remedio hay que hacer efectiva esa letra; veremos lo que hoy ha ingresado y... ya veremos... ¿Cuánto?

—Cinco mil quinientos reales.

—Bien está, encended las lámparas y pasad un paño por esos escaparates.

¡Cuarenta y dos mil ochocientos... restan, diez y siete mil doscientos... No hay remedio, hay que reunir la cantidad para mañana á medio dia; primero que todo es el crédito de la casa. Chicos; voy á salir, si me llama la señora, decidla que coma, que tengo que hacer y tardaré algo en venir.

Sáqueme V. paño negro para una capa; que sea bueno, que es para mi tío el cura. ¿No le conoce usted? D. Anacleto, el cura de... pues él conoce mucha gente en Zamora. Como que nació aquí.

—Aquí tiene V. señora, este es á propósito para lo que V. lo quiere.

—Es muy flojo y parece como que pardea. Saque usted, saque V. otros y veremos.

—He aquí de varias clases... Elija V. el que más le agrade.

—¡Jesús! No me gusta ninguno y luego, ¡él es tan delicado! saque V. más.

Estos son de más precio, pero es un género muy bueno. Vea V.

Esto ya es otra cosa, pero si lo tuviera V. mejor!

—Más fino si señora; véalo V.

—El precio de este?

—A noventa reales.

—¡Jesús! y de este?

—Ochenta y cuatro.

—Vaya, vaya; veo que no hacemos nada.

—¿Me dá V. aquel á sesenta?

—Señora...

—O este á cincuenta?

Déjeme V. en paz señora; aquí tiene V. el de cincuenta y aun este otro se lo pondré á cuarenta y cinco, pero á su tío de V. debe llevarle una cosa buena y de dura y para eso, ninguno como los de noventa y ochenta y cuatro.

—¡Ay! si señor, mi señor tío es muy delicado y aunque viejo le gustan las cosas buenas. Vamos, ¿me dá usted este á sesenta?

—Señora, vaya V. con Dios y no me marée más.

¿Me lo dá V. á sesenta y cuatro...? Pues quede usted con Dios.

Y el comerciante con semblante risueño, porque entran nuevos compradores, pero con cuatro azumbres de bilis repartida por su cuerpo, dice al dependiente: recoge esos paños y colócalos en su sitio, en cuya operacion el dependiente, sin embargo de ser listo, emplea una hora larga.

EL PRIMER BESO.

I.

Envidia de la pradera,
Orgullo de la montaña,
Flor que mueve su corola
Al blando soplo del aura,
Ave cándida que vuela
De la inocencia en las alas
Sin temor rasgando el aire
Que arrulla cuando le rasga,
Veloz gacela que cruza
Montes, valles y llanadas,
Es Artisa la pastora,
La gentil niña.—¡Miradla!
Con la sonrisa en los labios,
Con la pureza en el alma,
Brillando sus negros ojos
Como la lumbre del alba,
Henchido de amor el pecho,
Lleno su amor de esperanzas...
Al valle descendiendo ahora;
Vedla!—¡Qué hermosa y qué cándida
Placer y dicha su aliento
Entre perfumes exhala,
Y el aire que la rodea
Su aliento puro embalsama.
¡Feliz niña que sonríe
Al despuntar la mañana,
Y aun se la ve sonriendo
Cuando las sombras avanzan!
¡Feliz ella que las penas
Ahuyenta con su mirada!
¡Feliz ella, que en su rostro
Aún luce dos rosas cándidas!

II.

Solitaria la pradera,
Sin sol el monte y el llano,
Sin color las gayas flores,
Sin armonía los pájaros,
Los céfiros sin aroma,
Los arroyos sin encanto,
Todo es tristeza en los bosques,
Soledad todo en los campos
Y por valles y colinas
Errante vaga un rebaño.
Y es que Artisa la pastora,
No trepa por los collados,
Ni canta en las enramadas,
Ni al valle guía sus pasos.
Allá en la cercana selva
Artisa está bajo un árbol
Y en lugar de la ventura,
Se vé en sus ojos el llanto;
Y es que ayer en este sitio
Platicaba con Genaro
Y él en su fuego amoroso
Acercó tanto sus labios...
Que las brisas de la tarde
Dulce chasquido escucharon.
Artisa pasa las horas
En esa selva llorando,
Y ya huyeron las sonrisas
Y los placeres volaron.
¡Infeliz niña que llora
Des que el alba ha despuntado
Hasta que tiende la noche
Sobre la tierra su manto!
¡Infeliz niña que siente
El corazón desgarrado,
Y las rosas de su rostro
Los pesares marchitaron!

ADRIAN NAVAS DIEGO.

PINCELADAS AGRÍCOLAS.

IV.

ARBORICULTURA.

Los diferentes árboles son otras tantas plantas cuyo cultivo supone como el de la vid, labores profundas y cuya propagación es conveniente no solo por lo mismo que resisten mejor las sequías tan frecuentes en nuestro país, sino porque además de un elemento, que escasea bastante en Castilla, cual es la madera para las construcciones, nos suministran leña para combustible, hojas para el ganado y diversas frutas tanto para regalo del cultivador como para el surtido de los mercados de estas provincias tan escasas de frutales.

Por otra parte los árboles provocan las lluvias en ciertos casos; contienen la impetuosidad de los vientos moderando su acción disecante; refrescan el clima durante los excesivos calores del estío; ofrecen abrigo á los trabajadores, transeúntes, pastores y ganados, durante las repentinas lluvias, fuertes y frios vientos, y sombra en las horas de descanso en el verano, adornando al mismo tiempo el campo y deleitando la vista en vez del fastidio que se recibe ahora con el monótono paisaje y poco ó nada variada perspectiva que ofrece el suelo castellano.

Arboles! hermosos árboles!

Todos claman por vosotros: los legisladores en sus leyes; los agrónomos en sus discursos y escritos; los ciudadanos en sus paseos; los viajeros en sus excursiones; los tostados segadores en las horas de mayor calor; los pastores cuando Eolo deja en libertad los frios vientos de invierno y primavera y cuando Apolo con su dorada cabellera molesta más que agrada en las altas horas del estío; los labradores en las horas de descanso; los poetas en sus ensueños... Todos os profesan singular cariño; todos claman por vosotros; por los ricos frutales, las esbeltas palmeras, los frondosos castaños, las robustas y seculares encinas, los melancólicos sauces, los siempre verdes pinos... los diversos, innumerables y constantemente agradables árboles.

Cuán grato es durante la primavera, verano y aún el otoño pasearse en los vergeles ya cubiertos de infinitas blancas ó encarnadas flores, ya ofreciendo ricas y sazonadas frutas, ya dando sombra con sus hojas á la verde pradera sobre la que se desliza el manso arroyuelo que con sus puras y cristalinas aguas os invita á que disfruteis allí con vuestros amigos ó con vuestra familia los tiernos é inocentes goces de la madre naturaleza!

Y sin embargo, apenas hay árboles en las Castillas! Es muy frecuente andar durante el verano muchas leguas en esta tan esquilhada tierra sin encontrar ni siquiera una miserable y traidora zarza á cuya sombra os podáis sentar un momento.

He subrayado anteriormente las palabras en ciertos casos aplicadas al fomento de las lluvias mediante los árboles, porque á la verdad yo no veo que el arbolado disperso pueda tener influencia alguna en el fomento de las lluvias, y si se quiere que la tenga, debe ser sumamente débil.

Los montes y bosques estensos y bien poblados segun opinion general tienen influencia en las lluvias, porque su temperatura ordinaria inferior á la general durante las estaciones en que escasean aquellas, provoca el descenso de la temperatura de las nubes y la consiguiente condensación en gotas de las vesículas de vapor constitutivas de las mismas.

Esto se explica muy bien; los montes y bosques bien poblados no solo conservan una constante frescura en la frondosidad de sus plantas, sino que el terreno que

ocupan poco ó nada herido por los rayos del sol y poco ó nada ventilado por los vientos aparece constantemente con un grado de humedad superior en igualdad de circunstancias al de la primera capa de los terrenos que no tienen árboles. Así es que cuando la atmósfera está saturada de humedad, sucede que la porción de vapores acuosos que se cierne en los montes ó pasa sobre ellos, se enfria por razón de la radiación y se condensa en gotas.

Sucede también que cuando una nube cargada de vapores acuosos y movida por el viento se encuentra con una serie de montañas ó montes más altos que ellas, esos vapores oprimidos se condensan igualmente produciendo la lluvia. De aquí la importancia que se da á los montes y bosques en el fomento de las lluvias y principalmente de las segundas de otoño y de las primaverales.

Y digo que *principalmente de las segundas*, porque si se exceptúan los montes altos por la acción condensadora que pueden ejercer como obstáculo á las nubes, no comprendo qué influencia puedan tener los demás montes y bosques sobre las primeras lluvias de otoño en las provincias de la península cuyo verano es caluroso y seco, como lo es en las de Castilla.

Resulta desde luego que ninguna; porque en esas provincias durante los meses de Julio, Agosto y Setiembre los árboles están mústios; los montes no tienen por lo general una pizca de humedad; los campos de cereales están abrasados por el sol; las lagunas secas; los ríos, arroyos y fuentes pobres de aguas y á veces sin una gota; y el termómetro marca en el segundo de esos meses una temperatura sofocante.

¿Dónde pues se van á formar los vapores y las nubes que han de producir las primeras lluvias del Otoño? En los árboles? en los montes? Imposible: nadie da lo que no tiene.

Esas nubes se forman principalmente en la superficie de los mares y arrastrados sus vapores por los vientos al interior de la península mediante una serie de complicaciones atmosféricas que no está en la mano del hombre dominar, producen las primeras lluvias. La evaporación del agua de los mares y de la caída en esas primeras lluvias produce otras y otras nubes que son arrastradas acá y allá hasta tanto que ó impulsadas por vientos contrarios ó detenidas por un obstáculo invencible y más alto que ellas, sea monte, sea cordillera ó enfiados los vapores acuosos por cualquier refrigerante vuelven á precipitarse en lluvias, parte de la cual es absorbida por el terreno y por las plantas, y otra parte la dejamos marchar *neicamente* por los arroyos y ríos al mar de donde procedió.

Y digo que *neicamente*, porque ¡ay de nuestras cosechas! si á los vientos no les place soplar propicios trayéndonos nuevas nubes de la parte del mar.

Cuánto más seguro sería conservar la mayor parte posible de esa humedad en las capas del terreno profundamente labrado para que sirviera de fondo de reserva durante las sequías y almacenar el resto en pantanos y lagos artificiales que serían otros tantos centros evaporatorios para formar nuevas nubes, y además servirían para regar por medio de los canales.

Resulta pues de lo anteriormente expuesto, que el arbolado espeso y montes bajos no pueden influir en las primeras lluvias de Otoño ni como obstáculos á la marcha de las nubes, porque están más bajos que ellas, ni como refrigerantes, porque su temperatura antes de las lluvias es igual ó casi igual á la general.

Ahora bien, el arbolado *disperso* lo mismo que el *viñedo* ni pueden desempeñar el papel de los montes altos presentando obstáculos á las nubes, ni se encuentran en las condiciones de los bosques y montes bajos, puesto que no impidiendo la ventilación y dese-

cación del terreno por la acción de los vientos, no pueden servir de refrigerantes y no pueden por consiguiente influir en las lluvias sino es muy débilmente.

B. MAÑUEGO.

A UNA JÓVEN.

Encantadora niña
de ojos castaños;
es mi amor como sabes
fiel, sin engaños,
y por ti vive
esclavo quien fué siempre
libre, muy libre.

Desde que en tí mi vista
fijé un momento,
tú sola ocupas siempre
mi pensamiento.
¡No hagas que lllore
diciéndome que tienes
otros amores!

Tu cara que es modelo
de perfecciones,
cautiva con sus gracias
los corazones,
y tus miradas,
son destellos divinos
do asoma el alma.

Si me fuera posible
niña hechicera,
yo de tus muchas gracias
diera una idea;
mas nada digo
porque pálido es todo
lo que yo escribo.

Es cierto que mi dicha
cifro en amarte;
que jamás vida mía
podré olvidarte;
y espero ansioso,
que tú me correspondas
mi bien hermoso.

¿Podré alcanzar, ¡ay triste!
dicha tan grata?
dímelo sin demora,
no seas ingrata,
que por tí vive
esclavo, quien el alma
tuvo muy libre.

FELIX CARRASCAL.

NUESTRO GRABADO.

La ciudad de Zamora que ya desde antiguos tiempos fué elegida por muchos reyes y personas principales como mansión apacible y parage donde la naturaleza había esparcido sus dones más lisongeros para ofrecer a la vida sencilla y sosegada los más puros y sencillos goces, así como encierra recuerdos históricos importantes que nuestra revista se viene proponiendo divulgar, así como contiene monumentos y lugares que hacen recordar la grandeza de otros tiempos y la predilección que por ella tuvieron los monarcas y conserva grabados en páginas de piedra acontecimientos que honran su lealtad y valor y como dió á la patria hijos insignes en la guerra, en las letras y en las virtudes, une á la feracidad de sus campos la sin igual y maravillosa natural belleza que la rodea de mil paisajes peregrinos ante los cuales el ánimo encuentra dulcísimo esparcimiento y la vista halagüeña espec-tación.

Ya hemos incluido entre nuestros grabados, algunos par-

tos de las afueras de la capital que por su especial hermosura adornan nuestra colección y lo hicieramos de muchos más que existen en los alrededores de la capital y en la provincia entera si la necesidad de alternar en los grabados para dar variedad á nuestro álbum y la de atender á esteriorizar las biografías de nuestros paisanos ilustres, los edificios y otros asuntos interesantes no nos obligara á repartir el original para no desatender ó dejar en falta á ninguno de tan importantes asuntos para esta tierra, cuyas grandezas y bondades intentamos dejar encerradas y esplicadas en nuestro libro-pe-riódico.

El Duero, uno de los rios más grandes de España como ya lo llamaba Plinio *Durius amnis ex maximinis hispaniae* circunda como ancha corona de plata una parte de la capital que desde su origen se viene mirando en el terso espejo de sus aguas; y así como imponente en sus furiosos ofrece rugiendo en sus grandes avenidas la terrorífica catástrofe de la inundación, así también manso, dulce y murmurador resbala haciendo brotar en sus márgenes murallas de puntiagudas espadañas, bosques de flexibles juncos, alamedas de altos y gallardos árboles y maravillas, en fin, de una frondosa y variada vegetación.

Parece que en cuanto entra este rio en nuestra provincia se propone emplear lo más galano de su poder fecundador y refrescante pues desde antes de las inimitables riberas que va prodigando en la vecina Toro, esparce ya á un lado y otro con incesante prodigalidad los encantos de sus márgenes pintorescos. Aparte de los conocidos sitios de las Pallas, de los tres árboles, donde forma caprichosas islas llenas de magnífico follage y de las cuales podrían darse innumerables paisajes á cual más bellos, hemos elegido para esta vista del grabado de hoy otro sitio no ménos embelesador por la variedad y hermosura.

No lejos de la montaña sobre cuya cúspide se creyó haber existido la famosa Numancia y cerro elevado que hunde su planta en el fondo del rio, tiene esta en la misma orilla un bosque, una selva tan apretada y umbrosa que es á la planta del hombre pocas veces penetrado un Valerio en fin, pero un Valerio embellecido por la inmediación de uno de los rios más grandes de la Península y que en aquel sitio es por ventura más ancho que en otro alguno y más tranquila y sosegada su corriente.

En frente, formando el fondo de esta poética acuarela una isla sobre la cual asienta uno de sus extremos, la ruidosa aceña deja ver multitud de follage y pone fin con su puente al pintoresco paseo de Gijon, que así se llama aquel sitio, el cual tendiéndose en ancha carretera con hileras de otros árboles camina entre verdes parras y fértiles *josas* hácia la ciudad.

Como la parte antigua de ella cae precisamente hacia aquel punto, no hay duda que este fué uno de los sitios predilectos de holgura y distracción para nuestros antepasados si se tiene además en cuenta que los olivares que dieron nombre al barrio de los *platos*, y la gran población que en otros tiempos contó el del Espíritu-Santo harían entonces deribar hácia aquel punto las escursiones de los paseantes zamoranos.

Tomada esta vista desde la orilla izquierda del rio, poco más allá de la falda de Temblajo donde se colocaba por los historiadores antiguos el lugar que había ocupado Numancia, ofrece en primer término la margen izquierda del Duero, llena de juncos y espadañas, festoneada de chopos y álamos, significa despues la gran anchura que en aquel punto lleva el Duero donde suponían los escritores antiguos aquellos combates sobre el rio entre los numantinos y los romanos para lograr unos y evitar otros los abastecimientos de la plaza, y en el fondo al otro lado del rio se observan las aceñas llamadas de Gijon propiedad de nuestro distinguido amigo D. Federico Cantero, formando todo el bello conjunto que hace á aquel sitio uno de los más agradables de las afueras de la capital y merece tener un lugar entre los buenos paisajes de Zamora por cuyo motivo le hemos incluido entre nuestros grabados.

U. ALVAREZ MARTINEZ.



NOTAS Y NOTICIAS.

Sería conveniente que un día de la semana, por ejemplo el jueves, fuera la música á la Glorieta, pues no hay motivo para que en San Martín la haya dos días á la semana y ninguna en aquel paseo, puesto que este año la mayoría de los paseantes acude á la Glorieta.

**

En nombre de muchas bellas
Que hay en la localidad
Y en vista de que hace tiempo
Que no han podido bailar
Se suplica al Presidente
Del Círculo que haga dar
En los hermosos salones
Que en Santa Clara se están
Vacantes por el calor
Una velada estival
Reunión de confianza
De las que acostumbra á dar
Y el noticiero y las chicas
Y Dios, se lo pagarán.

**

Nuestro apreciable amigo D. Enrique Rodríguez Trigueros ruega rectificemos el concepto publicado por *La Enseñanza Bermeja* que le designó con el nombre de arquitecto al dar cuenta de un proyecto de escalera para la puerta del Obispo de esta Catedral, y que hagamos constar que solo goza del humilde pero honroso título de maestro de obras.

TERTULIA.

CHARADA.

Mujer que de los teatros
Es mi *todo* por la muestra
Puedo asegurar que hace
Mi *prima, segunda y terciá,*
Y si en postizos y lazos
Se gasta su escasa hacienda
Luciendo por los paseos
Costosos trages de seda,
Con los cuales *cuarta y quinta,*
Segun cree su pobreza.
Y es la admiración de unos
Con su hermosura supuesta;
Es de algunos el desprecio
De otros la maledicencia,
Que por estas y otras cosas
Siempre entre lenguas la llevan,
La *dos y terciá* no quiero
Del que se case con ella.

R. A. Y

Solución á la charada del número anterior.

OVIDIO:

Solución al logogrifo del número anterior.

MORALEJA.

ZAMORA. = 1882.

IMPRESA DE JOSÉ GUTIERREZ GARCÍA.

Doncellas, 3.

DIRECCION:
Calle del Sacramento núm. 2.

SECCION DE ANUNCIOS.

ADMINISTRACION:
Plaza del Salvador 38.

HIJOS DE PUGA

Fabricantes de aguardientes, licores, ratafías y vinos generosos.

CASA FUNDADA EN EL AÑO 1816.

GRAN MEDALLA DE ORO
en la Exposición de Paris de 1878.

DESPACHO ÚNICO: Malcocinado, núm. 6.
SU FÁBRICA: SAN TORCUATO, 67.
Exijase la marca de fabrica.





Clinica oftalmológica.

Se ha establecido en esta capital con residencia fija el distinguido y célebre oculista D. Maximiano Marban en la calle de la Renova, núm. 25.

Recibe la consulta desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde.

En la primera visita serán desengañados los que no tengan remedio.

Los pobres de solemnidad serán admitidos a ella gratuitamente.

LUCIANO MEDINA.

RUA 6. ZAPATERIA. RUA 6.

En este establecimiento, situado en la calle de la Rua núm. 6, se confecciona toda clase de calzado tanto de señora como de caballeros ó niños, á precios sumamente arreglados.

ACADEMIA DE MÚSICA
VOCAL É INSTRUMENTAL

DIRIGIDA POR EL
Profesor D. GALO P. Y PERER, Arco de San Ildefonso, núm. 2. Se dan lecciones á domicilio.

ALMACEN DE MADERAS
DE
CLAUDIO ANDREU
Cabañales.—Zamora.

En dicho almacén hay siempre un buen surtido de toda clase de maderas del Norte y Soria, nogales y robles, á precios económicos, y se sirven á domicilio.

La Sevillana, fábrica de jabon.—Despacho por mayor y menor, calle de la Feria, 2.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL.
Maravilloso secreto árabe exclusivo del Dr. Morales.

Cura infaliblemente los padecimientos de la cabeza, incluso la jaqueca, los males del estómago, del vientre, los nerviosos y los de la infancia en general.

Se vende a 12 y 20 rs. caja, para 20 y 40 tazas, en las principales farmacias de Madrid y provincias.

Dr. Morales, Carretas, 39, principal.—Madrid,




GRAN SALON-PELUQUERÍA
DE
EMETERIO DE MENA GARCÍA,
3—SANTA CLARA.—3.


Se afeita, corta y riza el pelo.
Se admiten abonos.
Construye y reforma postizos de señora y caballero.
Especialidad en peinados para soirées.

Píldoras de Lourdes
PURGANTES ANTI-BILIOSAS,
DEPURATIVAS.

De acción fácil y segura, toleradas por los estómagos más delicados.

Se vende á 6 rs. caja en las principales farmacias.

Depósito: Dr. Morales, Carretas, 39.



TÓNICO GENITALES.

Célebres píldoras del especialista doctor Morales contra la debilidad, impotencia, espermatorrea y esterilidad. Su uso está exento de todo peligro. Se expende en las principales farmacias á 30 reales caja y se remiten por el correo á cambio de sellos.

Dr. Morales, Carretas 39.—Madrid.

**ANTIGUO PARADOR
DE LOS COCHES**
DE
JOSÉ PACHECO
18. Plaza de la Rinconada. 18.
VALLADOLID.

AVISO IMPORTANTE.

SANTANDER.—CASA DE HUÉSPEDES.

Calle de San Francisco, núm. 23.

El Zamorano Bartolomé Fresno ofrece á sus paisanos y demás favorecedores que visiten estas playas la mencionada casa, situada en la calle más céntrica de Santander y en la que encontrarán buen trato, espaciosas y cómodas habitaciones por el precio de 5 á 6 pesetas diarias, incluso los billetes para el tranvía al Sardinero.

GABINETE DE CONSULTAS Y OPERACIONES

DE LOS LICENCIADOS

EN MEDICINA Y CIRUJÍA

D. Niceto Rivera y D. Francisco Blanco.

HERREROS, 39, 2.º

Se reciben consultas todos los días de once de la mañana á dos de la tarde.

Los miércoles y sábados de cuatro á cinco y media de la tarde, serán admitidos los pobres sin retribucion alguna.